

Mecanismos de poder y respaldo popular a regímenes autoritarios de derecha: explicaciones e interpretaciones. Un Estado de la cuestión

Mechanisms of power and popular support for right-wing authoritarian regimes: explanations and interpretations. A state of the art

Mecanismos de poder e apoio popular para regimes autoritários de direita: explicações e interpretações. Um estado da arte

JYMY FORERO HIDALGO

RESUMEN: La explicación del uso de mecanismos desde arriba para concitar el apoyo popular a regímenes autoritarios es un debate que se inscribe en los estudios sobre las teorías de la dominación, las formas de ejercer el poder y las estrategias de control social. En las últimas décadas presenciamos en América Latina y otras partes del mundo el auge de nuevas derechas con una base social significativa, no obstante, las preocupaciones recientes para su comprensión no son nuevas, son inquietudes formuladas por otros investigadores desde inicios del siglo xx. El presente artículo examina distintos estudios y explicaciones sobre la relación entre regímenes autoritarios de derecha y su respaldo popular, para lo cual abarca un gran espectro de perspectivas teóricas, desde concepciones liberales clásicas del poder y del Estado, pasando por tradiciones conservadoras, enfoques marxistas y aquellos herederos de la Escuela de Frankfurt y del estructuralismo provenientes del pensamiento crítico. Se identifican tres momentos del desarrollo historiográfico establecidos según los paradigmas dominantes en ciencias sociales, el ambiente cultural del momento y el contexto histórico-político global y/o local. Esta investigación concluye que interpretaciones unívocas o binarias resultan insuficientes y parciales, cuando no mecánicas para explicar el fenómeno, y en contraste, aproximaciones multidimensionales ofrecen explicaciones más plausibles.

PALABRAS CLAVE: autoritarismo, fascismo, estrategias de poder, aprobación popular, dominación.

ABSTRACT: The explanation of the use of mechanisms ‘from above’ to incite popular support for authoritarian regimes is a debate that is part of studies on domination theories, ways of power exercise and social control strategies. In recent decades, in Latin America and other parts of the world, we have witnessed the rise of new right-wing movements with a significant social base, however, recent concerns for their understanding are not new, they are concerns formulated by other researchers since the beginning of the 20th century. This work examines different studies and explanations on the relationship between right-wing authoritarian regimes and popular support, for which it covers a wide spectrum of theoretical perspectives, from classical liberal conceptions of power and the State, through conservative traditions, Marxist approaches and the heirs of the Frankfurt School and structuralism coming from critical thinking. Three moments of historiographical development are identified, established according to the dominant paradigms in social sciences, the cultural environment of the moment and the global and/or local historical-political context. This research concludes that single or binary interpretations are insufficient and partial, if not mechanical, to explain the phenomenon, and in contrast, multidimensional approaches offer more plausible explanations.

KEYWORDS: *authoritarianism, fascism, power strategies, popular approval, domination.*

RESUMO: A explicação do uso de mecanismos ‘de cima’ para despertar o apoio popular a regimes autoritários é um debate que faz parte dos estudos sobre teorias de dominação, formas de

exercício do poder e estratégias de controlo social. Nas últimas décadas, na América Latina e em outras partes do mundo, temos testemunhado o surgimento de novos movimentos de direita com significativa base social, porém, as preocupações recentes para sua compreensão não são novas, são preocupações formuladas por outros pesquisadores desde o início do século XX. Este artigo examina diferentes estudos e explicações sobre a relação entre regimes autoritários de direita e apoio popular, para os quais abrange um amplo espectro de perspectivas teóricas, desde as concepções liberais clássicas de poder e do Estado, passando pelas tradições conservadoras, abordagens marxistas e aquelas herdeiras da Escola de Frankfurt e do estruturalismo vindo do pensamento crítico. Identificam-se três momentos de desenvolvimento historiográfico estabelecidos segundo os paradigmas dominantes nas ciências sociais, o ambiente cultural do momento e o contexto histórico-político global e/ou local. Esta pesquisa conclui que interpretações unívocas ou binárias são insuficientes e parciais, se não mecânicas, para explicar o fenómeno e, em contrapartida, abordagens multidimensionais oferecem explicações mais plausíveis.

PALAVRAS-chave: autoritarismo, fascismo, estratégias de poder, aprovação popular, dominação.

RECIBIDO: 19 de agosto de 2021. **ACEPTADO:** 28 de septiembre de 2021.

I. INTRODUCCIÓN

En 2016, el historiador Thomas Frank (2016) publicaba su libro *¿Por qué los pobres votan a la derecha?*, el norteamericano George Lakoff (2007, 22) se cuestionaba por qué en tiempos de crisis aumenta el voto de los republicanos en los Estados Unidos y Peter Fritzsche (2009: 32) se preguntaba ¿cuánto respaldaron los alemanes a los nazis? Inquietudes que corresponden a problemas contemporáneos y atraviesan diferentes rincones del planeta dado que en las últimas décadas presenciamos el auge de nuevas derechas en el mundo, de gobiernos y regímenes autoritarios, de movimientos y partidos de derecha radical con márgenes significativos de legitimación social, que, bajo nuevas y viejas formas de dominación, apelan y justifican diversos tipos de discriminación, segregación, colonialismo y opresión de los pueblos. Sin embargo, dichas preocupaciones no son nuevas, pues han sido también formuladas por otros investigadores desde las tempranas décadas del siglo xx.

Destaca, en el marco de los estudios sobre la relación entre apoyo popular y los regímenes autoritarios, un especial interés por las investigaciones sobre el fascismo, el nazismo, los regímenes militares, el populismo y los regímenes civiles que, aunque mantuvieron cierta envoltura democrática, asumieron formas de poder de corte autoritario. Todos ellos, aunque con sustantivas diferencias entre sí, hacen parte de lo que entenderemos por regímenes autoritarios, en el caso de esta investigación, de derecha, esto es, una categoría amplia que siguiendo a Horkheimer (1986) supone unas formas de concentración del poder en el Ejecutivo, la subordinación de los demás poderes a aquel, el aumento de las capacidades represivas estatales y paraestatales, la destrucción de las capacidades de los dominados para contestar sus políticas,

la eliminación del oponente político, la profundización de la desigualdad y el rechazo de la diversidad cultural como expresión, todas ellas, de la autoridad de la reproducción del capital, es decir, una manera de ejercer el poder por fuera de los cánones, repertorios y reglas del juego de la democracia social.

En la explicación del apoyo popular a regímenes autoritarios de derecha, se puede rastrear toda una diversidad de perspectivas teóricas desde la historiografía, la sociología política, la filosofía y la ciencia política. En este sentido, nos proponemos analizar una serie de autores y obras representativas que han abordado la temática, dando una coherencia organizativa que permita conocer los distintos enfoques y la evolución de la forma en que ha sido tratada dicha problemática. En este propósito, reconocemos que la amplitud del objeto hace que haya algunas ausencias notables.

Los debates al respecto han estado influenciados tanto por los paradigmas dominantes en ciencias sociales, los avances académicos, el ambiente cultural del momento y por el contexto histórico-social que les atraviesa y prefigura. Podemos identificar tres momentos o fases de este debate: 1) el período de entreguerras donde el materialismo histórico fue el paradigma dominante pero no el único; 2) el período desde la segunda posguerra hasta el fin de la Guerra Fría, en el que el ascenso de los estudios sobre totalitarismos bajo perspectivas funcionalistas liberales y conservadoras disputaron la explicación del fenómeno, junto con la renovación de la tradición marxista y el surgimiento de los estudios sobre biopoder; 3) el período de 1989 hasta nuestros días, en el que el giro culturalista en la investigación histórica marca su primacía, mientras otros enfoques intentan rescatar la historia social y abrir nuevos horizontes explicativos. Se establecen continuidades y rupturas del debate en las distintas fases.

Cabe resaltar que buena parte de los estudios mencionados no se han propuesto abordar y/o resolver exclusivamente el problema del apoyo popular a regímenes autoritarios. Sin embargo, discuto aquí aquellos trabajos que ofrecen claves y respuestas elaboradas total o parcialmente en esta dirección, sean obras completas, capítulos de libro o artículos especializados. Interesa rastrear las interpretaciones, por un lado, que den cuenta de las estrategias de control y dominación del bloque de poder hegemónico y, por otro lado, los elementos culturales y de la mentalidad de los sectores populares que han sido proclives a dichos proyectos, con el propósito de tener una aproximación explicativa desde arriba y desde abajo.

II. PRIMER MOMENTO (1918-1945)

Entre los años 1920 y 1930 identificamos tres de las corrientes más influyentes en la discusión sobre control social y aceptación popular de los regímenes autoritarios. En primer lugar, el enfoque weberiano sobre la dominación; en segundo lugar, el marxismo ortodoxo con variantes en su interior; y, finalmente, el psicoanálisis militante. La noción estatista sobre el poder influirá en las aproximaciones de este periodo, así como las variables de violencia política, terror y propaganda. El debate en esta fase abrió una nueva interpretación relacionada con las características psicológicas de la dominación y la subjetividad autoritaria.

Este es un periodo caracterizado por la Gran Guerra y sus consecuencias; un ambiente de militarismo, violencia política y rechazo a los valores morales y espirituales de la sociedad burguesa y a su *Belle Époque*, de sensación de humillación para los perdedores de la guerra y de temor en los vencedores a una nueva conflagración. Es la época de movilización de masas y su irrupción como protagonistas en la historia; época de la crisis económica y la Gran Depresión mundial, de frustración y angustia de amplios sectores de la sociedad por el empeoramiento de sus condiciones de vida. Elementos que estuvieron asociados a la crisis de la democracia liberal, a la emergencia de los nacionalismos, al ascenso del fascismo y de los movimientos de extrema derecha en Europa, Asia, Estados Unidos y América Latina.

Weber y la dominación estatal

Max Weber (1864-1920), quien había hecho parte de los intelectuales que redactaron la constitución de Weimar, presentó una serie de argumentos respecto de su teoría del Estado y la dominación. Propuso entender al Estado como una institución política que concentra de forma legítima el monopolio del poder de la coacción para el mantenimiento del orden vigente (Weber, 1964: 43-45). En esta lógica la dominación es entendida como “un estado de cosas por el cual una voluntad manifiesta (mandato) de los dominadores influye sobre los actos de otros (dominados), de tal suerte que en un grado socialmente relevante estos actos tienen lugar como si los dominados hubieran adoptado por sí mismos y como máxima de su obrar el contenido del mandato (obediencia)” (Weber, 1964: 699).

En su opinión, la dominación puede adoptar tres formas: dominación legal (inscrita en la burocracia, las jerarquías, las formas de gobierno); dominación tradicional (dada la estructura patriarcal de la administración y la estructura de clase); y dominación carismática (referida a profetas en los movimientos religiosos y al líder demagógico moderno) (Weber, 1964: 172). Por tanto, el ajuste a un orden social de los

sectores populares es explicado por su relación de obediencia o sumisión producto de una o varias formas de dominación. Este enfoque estatista de la dominación establece una relación mecánica entre dominador y dominado, no obstante, influyó gran cantidad de trabajos en las décadas posteriores al menos hasta los años setenta.

Las interpretaciones marxistas: base social, movilización de masas y terror

Las aproximaciones del marxismo desde la perspectiva del materialismo histórico y de la lucha de clases van a tener en el italiano Gramsci, la alemana Clara Zetkin, el ruso Lev Trotsky, el búlgaro Dimitrov, el peruano José Carlos Mariátegui y al final del periodo la figura de Franz Neumann, distintas posturas; destaco algunas de las más relevantes, aunque el debate, que giró en torno a la naturaleza del fascismo, sus formas de violencia y de dominación, su base social, entre otros, no se agota en tales autores. Sus interpretaciones son sincrónicas, todos ellos fueron testigos vivientes del fenómeno analizado: el fascismo.

Antonio Gramsci (1891-1937), uno de los pensadores de izquierda más agudos sobre la cuestión fascista, sostiene que el hecho característico del fascismo italiano consistió en haber conseguido ser una organización de masas que movilizó a la pequeña burguesía (Gramsci, 1921, en 1977: 11-14). Mussolini encuentra su base social en la pequeña burguesía urbana y en una burguesía agraria surgida de una transformación de la propiedad rural en algunas regiones, sin embargo, en términos de clase, el fascismo era la alianza entre los propietarios rurales del campo desarrollado con la burguesía industrial (Gramsci, 1977: 89-93). Sostiene que el fascismo movilizaba una fuerza militar reaccionaria y un sistema de opresión que combinaba con la agitación y propaganda demagógica en sectores medios para ganar su aprobación.

Las reflexiones carcelarias llevan a Gramsci a considerar en profundidad la complejidad de la dominación. No concibe al poder como mera fuerza física o pura represión. Es uno de los pioneros en entenderlo de forma integral, es decir, como una combinación de violencia y consenso, o en sus propias palabras “hegemonía acorazada de coerción donde los aspectos represivos aparecen como el límite último de la dominación. El poder involucra el conjunto de actividades prácticas y teóricas con las que la clase dirigente justifica y perpetúa su dominación y además logra obtener el consenso activo de los gobernados” (Gramsci, 1999: 196-197).

El desarrollo de los movimientos fascistas y el establecimiento de regímenes autoritarios en varios países durante las décadas de 1920 y 1930 enfrentaron a intelectuales marxistas con problemas nuevos. Clara Zetkin (1857-1933), mujer comunista

delegada por el Partido Comunista Alemán (KPD) al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, hizo parte de este debate; en su escrito de 1923 titulado *el fascismo*, Zetkin destaca su carácter de masas y enfoca su análisis en la base social del mismo; creía que no se lo debía subestimar ni reducir sólo al terror que significó la dictadura de Horthy en Hungría: “*l’essència històrica de tots dos fenòmens és extraordinàriament diferent. [...] la base del feixisme no és una petita casta, sinó àmplies capes socials, grans masses que s’estenen fins al proletariat*” (Zetkin, 2019: 36-37). Había que entenderlo en su alcance político e ideológico.¹

La teoría del fascismo de Lev Trotsky (1879-1940) coincidía con la del polaco Karl Radek y con la del británico Maurice Dobb; reconoce en el auge del fascismo la expresión de una grave crisis social del capitalismo, una crisis de reproducción del capital (Trotsky, 1973: 42). Cuando la forma de dominación democrático-liberal entra en crisis, la gran burguesía tiene una salida: poner en pie una forma de centralización del poder para modificar por la fuerza las condiciones de reproducción del capital en favor de los monopolios. Para este fin es necesario un movimiento de masas porque “solo un movimiento semejante puede diezmar y desmoralizar a la franja más consciente del proletariado, mediante *un sistemático terror de masas*, una guerra de hostigamiento y de combates en la calle” (Trotsky, 1973: 42).²

Trotsky considera que el auge de un movimiento fascista de masas constituye una especie de guerra civil en la que ambas partes tienen oportunidad de vencer. “La masa de la pequeña burguesía y la parte poco consciente y desorganizada de los trabajadores y, sobre todo, los obreros y empleados jóvenes, oscilará normalmente entre los dos campos. Su tendencia será la de alinearse del lado de aquel que manifieste mayor audacia y espíritu de iniciativa; apostarán por el caballo ganador”. Hitler, dice Trotsky, logró unir todos los tipos de descontentos de las masas, y evidenciar la incapacidad del movimiento obrero para resolver la crisis del capitalismo; en su ensayo de 1933, *¿Qué es el nacionalsocialismo?*, enfatiza que el carácter de clase del fascismo no se corresponde con el movimiento de masas ya que defiende los intereses históricos del capital monopolista, no los de la pequeña burguesía (Trotsky, 1994: 49).

En el caso de Georg Dimitrov (1882-1949), dirigente de la III Internacional y portavoz del Frente Popular en los años treinta, se pregunta: ¿De dónde emana la influencia del fascismo sobre las masas? Según él, capta a las masas decepcionadas que abandonan los viejos partidos burgueses, las impresiona por la violencia de sus ataques y por su actitud irreconciliable frente a los viejos partidos de la burguesía. Es una mezcla de demagogia social y terror:

¹ Este enfoque es compartido una década después por Karl Polanyi, militante del independentismo húngaro, gran crítico del orden liberal y polemizador del marxismo (Polanyi, 2020: 25).

² La cursiva es mía.

El fascismo logra atraerse las masas porque especula de forma demagógica con *sus necesidades y exigencias más candentes*. El fascismo no sólo azuza los prejuicios hondamente arraigados en las masas, sino que especula también con los mejores sentimientos de éstas, con su sentimiento de justicia y, a veces, incluso con sus tradiciones revolucionarias [...] El disfraz de la demagogia social ha dado la posibilidad de arrastrar consigo a las masas de la pequeña burguesía, sacadas de quicio por la crisis, e incluso a algunos sectores de las capas más atrasadas del proletariado (Dimitrov, 1954: 35).³

Según el enfoque de Trostky y Dimitrov, la adhesión popular se da mediante el terror sobre la clase obrera y la audacia de seducción del régimen fascista, lo que supondría unos sectores populares pragmáticos o ingenuos que estuvieron del lado del ganador de la disputa. Es en cierta forma una mirada reduccionista para explicar un problema tan complejo que tiende a subvalorar el pensamiento popular y su capacidad de construir sus propios criterios. Empero, reconocen al régimen nazi como catalizador de descontentos y aspiraciones populares.

En América Latina, José Carlos Mariátegui (1894-1930), representante del marxismo crítico y heterodoxo, planteaba que Mussolini aprovechó eficazmente sentimientos de decepción y de depresión nacionales para activar una violenta reacción nacionalista. Mussolini “no fue cerebral, sino más bien sentimental. En la política, en la prensa, no ha sido un teórico ni un filósofo sino un retórico y un conductor, su lenguaje no ha sido programático, principista, ni científico, sino pasional, sentimental” (Mariátegui, 1928, en Prado, 1983: 130). De ahí que la clase media descontenta fuera peculiarmente accesible a los más exaltados mitos patrióticos, xenofóbicos y excluyentes.

La perspectiva marxista tuvo, en el teórico de la Escuela de Frankfurt, Franz Neumann (1900-1954), una nueva interpretación de la relación entre régimen autoritario y la construcción de su base social. Su trabajo *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo*, publicado en 1942, es una obra de referencia en el análisis del fascismo. Neumann sostiene que lo central de la dominación de masas es la organización social nacional-socialista, es decir, la manera en que toman forma las relaciones sociales bajo el régimen nazi. Cinco aspectos configuran dicha organización social: i) organización total y autoritaria; ii) atomización del individuo y despersonalización de las relaciones humanas; iii) trato preferencial, privilegios políticos y formación de élites en unas capas selectas dentro de la gran masa; iv) transformación de la cultura mediante la propaganda; y v) la violencia, en tanto que “no solo amedranta, sino que también atrae” (Neumann, 1983: 443-446). En la vida cotidiana, organizaciones como el Frente Alemán del Trabajo representaría la convergencia de estos métodos de dominación de masas. El enfoque de Neumann constituye una interpretación que no coincide exactamente con las elaboradas previamente. Neumann sugiere

³ El subrayado es del texto original.

una primera perspectiva multidimensional que contempla el poder económico, la violencia política, y la psicología política.

La Psicología de masas: Deseo, represión sexual y estructura psico-afectiva

Apartándose de las corrientes ortodoxas del marxismo e influenciados por el psicoanálisis, autores como Eric Fromm y Wilhelm Reich alimentaron este debate y propusieron nuevas hipótesis las cuales, a pesar de ser criticadas por reduccionistas, marcaron un antecedente a la hora de buscar respuestas no convencionales. Dichas hipótesis fueron retomadas en la segunda mitad del siglo y aunque no fueron confirmadas empíricamente tampoco fueron desmentidas. La estructura psíquica, la construcción de subjetividades y la represión sexual orientaron su análisis.

En su libro *El miedo a la Libertad* (1941), Fromm analiza la psicología del nazismo, afirmando que era un fenómeno económico y político. Sin embargo, su aceptación por parte del pueblo alemán había de ser entendida sobre una base psicológica. Según Fromm, si el peso de la inseguridad y el miedo es mayor a su contrario, el hombre tiende a sacrificar su autonomía y se subordina a la autoridad de otro (Fromm, 1974: 247). Su análisis reconoce que una parte de la población se inició en el régimen nazi sin presentar mucha resistencia, pero también sin transformarse en admiradora de la ideología y la política nazis, población compuesta por la clase obrera y la burguesía liberal. En cambio, otra parte del pueblo —capas inferiores de la clase media— se sintió hondamente atraída por la nueva ideología. Desde el punto de vista psicológico, la disposición a someterse al nuevo régimen parecía motivada por un estado de cansancio y resignación íntimos, producto de las derrotas que la clase obrera había sufrido después de la revolución de 1918. Una creciente desesperanza y frustración social constituyeron un factor importante en el origen del nazismo.

Por su parte Reich, médico, psicoanalista austriaco y miembro del Partido Comunista hasta 1933, se pregunta, en su célebre trabajo *La Psicología de masas del fascismo*, ¿qué sucedía en el seno de las masas para que éstas se unieran a un partido cuyos jefes perseguían una política opuesta a los intereses de los trabajadores? Su argumento se orientaba a que la familia autoritaria y patriarcal y la represión de la sexualidad explican la estructura psicológica de la pequeña burguesía que se identifica con el Estado autoritario del fascismo; develando una relación estructural del orden de lo emocional, de lo inconsciente y de lo sexual (Reich, 1973: 14). Reich estableció una diferenciación del relacionamiento popular con el fascismo; desde una minoría que lo desaprobaba categóricamente, capas muy extensas reaccionaban con resignación y otros mostraron gran entusiasmo (Reich, 1973: 14).

Otro elemento explicativo novedoso aparece en su argumentación. La situación económica no se traslada inmediata, directa ni mecánicamente a la conciencia política, es decir, la variable clase social por sí sola no explica la atracción de las masas a la extrema derecha (Reich, 1973: 30-31). Reich introduce el deseo y la necesidad de protección como variables explicativas. Sostiene que las clases medias desean el orden a falta de poder, desprecian a las clases trabajadoras, le temen mientras envidian a la burguesía con quienes desean identificarse. Pero al no poder acceder a los beneficios de la burguesía y al intentar alejarse de la condición de proletario, optan por un Estado que les brinde seguridad, orden y protección. De allí su apoyo.

Los estados de ánimo, la sexualidad y la estructura psico-afectiva hicieron parte de las explicaciones de la simpatía popular al fascismo a partir de estos autores. Este enfoque abrió una controversia que, sin negar la dimensión psíquica, sugiere que las explicaciones psicologicistas no resultan ser satisfactorias al situar las coordenadas del problema en un reduccionismo psicoantropológico que tiende a subestimar las dimensiones históricas, políticas y económicas, a la vez que sobrevalora el carácter más o menos patológico de quienes se adhieren al fascismo. Con todo, estos autores sentaron un precedente para una serie de análisis basados en el individuo y su estructura de pensamiento que no necesariamente es excluyente con otras explicaciones.

III. SEGUNDO MOMENTO (1945-1989)

Una segunda fase emerge con los estudios sobre totalitarismos en los años cincuenta y las perspectivas funcionalistas conservadoras de los años sesenta que se proponen comprender bajo nuevos criterios lo que fueron los regímenes fascistas, su naturaleza y contenido social. Arent y De Felice serán autores de referencia. Estos estudios constituirán toda una corriente epistemológica que influenciará distintas investigaciones hasta las primeras décadas del nuevo milenio. No obstante, desde finales de los años sesenta van a aparecer nuevos estudios, unos influidos por la escuela funcionalista alemana, otros por el espíritu crítico y renovador del mayo francés, que pondrán el acento en la historia social y de la vida cotidiana, y discutirán sobre el grado de responsabilidad de la sociedad, su ausencia o complicidad en los crímenes nazis y en los abusos de poder de los regímenes autoritarios. Los regímenes latinoamericanos constituirán una variante de la discusión. Autores como Broszat, Foucault, Agamben, Macciocci, Aly, Kershaw, Friedlander, y en el caso latinoamericano, figuras como Atilio Borón, Dos Santos, O'Donnell, Ruy Maura Marini, entre otros, participaron de este debate.

Derrotado el fascismo, se abre a nivel mundial todo un periodo de tensión y disputa entre el campo socialista y el campo capitalista conocido como la Guerra Fría, que si

bien restauró la estabilidad política y económica en las fronteras europeas —vivirían los años dorados del capitalismo en palabras de Hobsbawm—, trasladó la agitación social y política a los demás continentes en el marco del auge de los movimientos de liberación nacional en África, Oriente Medio, Asia, América Latina y de las pugnas imperialistas en sus áreas de influencia por establecer regímenes aliados y/o títeres. La emergencia de nuevos regímenes políticos en forma de regímenes populistas, democracias populares, dictaduras militares, dictaduras civiles junto con los regímenes monárquicos y las dictaduras del periodo de entreguerras, en particular las de España y Portugal, fueron la base para estimular un nuevo momento del estudio sobre formas de autoritarismos y sus relacionamientos con las clases populares.

Coerción, propaganda, dominación y composición social

La filósofa alemana de origen judío y nacionalizada estadounidense, Hannah Arendt es una figura destacada en este inicio de fase con su estudio *Los orígenes del totalitarismo*, escrito entre el fin de la guerra y el otoño de 1949, vería su primera edición en 1951, tuvo una edición revisada en 1957 y a partir de allí fue editada cuatro veces más (Arendt, 1998).⁴ Su planteamiento básico es que la aceptación popular se explica por una fusión inédita entre ideología y terror por parte de las clases dominantes. Concibe al Tercer Reich como un sistema monolítico, separado de la sociedad y completamente sometido a la voluntad de su líder carismático.

En la tercera parte de su obra, Arendt se interroga ¿por qué sucedió? ¿cómo pudo suceder? Tiene claro que los regímenes totalitarios mientras que se hallan en el poder gobiernan y se afirman con el apoyo de las masas, “ni Hitler ni Stalin hubieran podido mantener su dominio sobre tan enormes poblaciones y sobrevivido a tan numerosas crisis interiores y exteriores de no haber contado con la confianza de las masas” (Arendt, 1998: 254). Sostiene que la propaganda y el terror ofrecerían dos caras de la misma moneda. La propaganda es parte inevitable de la guerra psicológica, pero el terror lo es más. La fuerza que posee la propaganda descansa en su capacidad de aislar a las masas del mundo real, “mientras que los mantenga unidos, no pueden ser influidos por ninguna experiencia ni por ningún argumento” (Arendt, 1998: 255).

La argumentación de la autora abrió un prolijo debate que se desarrollará durante este periodo respecto al apoyo de la población y al poder; sí estos sólo descansan en la prohibición y el control o si también se vehiculizan mediante la persuasión. Bajo el supuesto de construir una organización que funciona según el principio de que todo el que no esté incluido está excluido, la autora sostiene que el excluido y el

⁴ Su estudio se centra de manera exclusiva en el caso de la Alemania de Hitler después de 1933 y la Rusia (1929-1941 y de 1945-1953).

contradictor no se persuaden, se les aplica el terror para neutralizarlos o eliminarlos mediante el uso de todos los instrumentos del poder gubernamental.

En este contexto intelectual, Robert Paxton unos años después reacciona y se pregunta: ¿apoyó una mayoría de la población los regímenes fascistas consensualmente, incluso con entusiasmo, o fueron obligados a someterse por la fuerza y el terror? Su indagación le lleva a proponer que la dicotomía popularidad-terror es demasiado rígida, advirtiendo que el terror era selectivo y el consenso elevado tanto en Alemania como en Italia (Paxton, 2004: 214-215). La publicidad de la violencia nazi no significa que el apoyo al régimen fuese impuesto, incluso frente al ejercicio de la violencia contra los indeseables, ya que los ciudadanos se sentían a menudo más gratificados que amenazados por ella.

La perspectiva de Arendt resultó unilateral para algunos, exagerada y equívoca para otros, en la medida en que la adhesión popular puede darse también mediante formas de persuasión y compensación, según la tesis gramsciana, generando niveles diferenciados de cooperación y lealtad hacia el régimen. Otra discusión importante con Arent se dio en torno a su mirada de las masas y su enfoque de la dominación. La autora sugiere una lógica de subvaloración que supone unos sectores populares pasivos sometidos a la tiranía en tanto la dominación se ejerce ferozmente mediante el terror y la propaganda sobre una masa fragmentada socialmente, lo que lleva a establecer una relación mecánica entre dominador y dominado. Acaso ¿las masas no podían encontrar en el nazismo, más allá del terror, parte de sus aspiraciones realizadas? ¿no podían establecer otro tipo de conexiones y de relacionamientos?

Una discusión adicional a partir del trabajo sobre totalitarismos la señalan agudamente el historiador italiano Enzo Traverso y el filósofo esloveno Slavoj Žižek en relación con la ambigüedad y utilidad del concepto. En el marco de la historiografía y de la sociología política, dice Traverso, la idea de totalitarismo está lejos de alcanzar unanimidad ya que aparece limitada, estrecha y ambigua, si se requiere captar la naturaleza social de los sistemas políticos, su dinámica global, sus logros y objetivos más allá de las afinidades superficiales (Traverso, 2016: 201-202). Žižek añade que el concepto opera más como un término ideológico que busca sostener discursivamente la democracia liberal capitalista, “no ha existido en la historia nada más totalitario que el capitalismo mismo” (Žižek, 2001: 88).

Por su parte, el pensador del fascismo italiano Renzo De Felice, con su obra *El fascismo, Sus interpretaciones*, publicada en los sesenta, plantea rasgos novedosos sobre todo en lo que atañe a la base social. En una línea que conecta con las interpretaciones de la historiografía conservadora de posguerra representada por Nolte y Furet, De Felice sostiene que las clases medias no son sólo la base social del fascismo sino su principio básico de explicación ya que éstas se encuentran entre el proleta-

riado y la gran burguesía constituyendo una clase social “autónoma y radical” (De Felice, 1976: 346). La composición de las clases medias se dio a partir de sectores tradicionales de agricultores, comerciantes y pequeños empresarios, y de sectores de reciente ascenso como empleados estatales e intelectuales asalariados, que constituyeron formas nuevas de hacer política. De Felice ofrece una sobrevaloración de las clases medias asignándoles un carácter revolucionario. Postura que se diferencia del enfoque marxista en tanto que para éste el fascismo si bien se apoya socialmente en la pequeña burguesía, es un proyecto de la gran burguesía monopolista que además reviste un carácter reaccionario, en cambio, para De Felice el fascismo resulta revolucionario y es expresión de las clases medias.

Los estudios de ‘biopoder’ y la escuela funcionalista alemana

En los años setenta, el filósofo francés Michel Foucault (1926-1984) delinea un nuevo campo de interés en su obra orientado al análisis sobre el poder. A partir de sus trabajos *Un diálogo sobre el poder* (2002); *Seguridad, Territorio, Población* (2006); *Historia de la sexualidad* (2007) cuestiona la idea de *aparato de dominación* tradicional weberiana y marxista, entendiendo el ejercicio del poder como un conjunto de dispositivos de control y de gestión de movimientos poblacionales. A esto último lo denominó biopoder, categoría que suscitará gran controversia al ser considerada insuficiente para la explicación de ciertos fenómenos de violencia política ocurridos durante el siglo xx, no obstante, representó una contribución que, en adelante, los estudios no podrían dejar de considerar.

El planteamiento del filósofo gira en torno a la idea que el poder es coextensivo al cuerpo social; que las relaciones de poder tienen múltiples formas, por consiguiente, no obedecen a la única forma de lo prohibido y de castigo; que su entrecruzamiento dibuja hechos generales de dominación y que ésta dominación se organiza como estrategia más o menos coherente y unitaria; que no hay que plantearse un hecho primero y masivo de dominación de manera mecánica sino más bien una producción multiforme de relaciones de dominio integrables en estrategias de conjunto (Foucault, 2002: 118).

En el año 1972, en uno de sus diálogos con Deleuze, se preguntaba ¿cómo es posible que la gente que no tiene tal interés (de clase) siga, abrace estrechamente el poder, pida una parcela de él? El interés no es la única explicación. En opinión de ellos, aparece el deseo, lo que explica que se pueda desear contra su interés como lo sugería Reich en los treinta. Establecieron los filósofos una relación compleja entre deseo, interés y poder. Lo prohibido no es, sin duda, la forma mayor con la que el

poder actúa, busca el consenso. Este es un elemento en Foucault que controvierte el enfoque de Arent acerca de la inviabilidad del consenso bajo el régimen nazi.

Foucault reconoce tres mecanismos de poder o formas de dominación: a) los mecanismos jurídico-legales —asociados al castigo y a la coerción—; b) los mecanismos disciplinarios, los cuales encuadran la ley por medio de la vigilancia y la corrección; y c) los dispositivos de seguridad o de biopoder que se ejercen sobre la población (Foucault, 2006: 17-21). En las sociedades contemporáneas, según este autor, habría un predominio de los dispositivos de seguridad sobre los otros dos sin que aquellos desaparezcan, ya que mientras los mecanismos disciplinarios y coercitivos se ocupan primordialmente de individualizar, como método para ejercer poder sobre el cuerpo, los dispositivos de seguridad se dirigen a la masa. El biopoder no es un aparato coercitivo, sino un mecanismo difuso de gestión de la vida a través de medios impersonales, prácticas administrativas y reglas a menudo no escritas, a diferencia del poder soberano que dispone de la fuerza legítima para delimitar sus espacios de libertad individual y colectiva (Foucault, 2007: 188). El eje del biopoder ya no es la violencia del Estado, sino la política económica del gobierno que ya no apunta a reprimir sino a regular la población.

Historiadores como Traverso han planteado algunas objeciones al concepto de biopoder de Foucault, a quien le cuestionan que resulta difuso e insuficiente dicha noción para entender las violencias del siglo xx en tanto violencias que decidieron Estados soberanos, que pusieron en práctica ejércitos organizados y que aún no han desaparecido de la política (Traverso, 2016: 220). Las tentativas de Foucault de integrar el fascismo en su paradigma biopolítico oscilan entre dos polos: entre la tentación de reducir la violencia a los mecanismos tradicionales de la sociedad disciplinaria y un enfoque unilateral que, con la intención de privilegiar la biopolítica, se ve en la obligación de ignorar la política. Según Traverso, hay un problema en la dicotomía entre poder soberano y biopoder; en lugar de ver en el poder soberano un arcaísmo y de oponerle el biopoder de la gubernamentalidad moderna, más bien habría que tomar nota de su coexistencia, sin dejar de analizar las transformaciones de la soberanía (Traverso, 2016: 235).

El filósofo italiano Giorgio Agamben ha tratado de superar los límites de esta controversia y de la teoría foucaultiana del biopoder. En el caso de la interpretación de los regímenes fascistas Agamben encuentra un vínculo entre biopoder y el poder soberano para superar así el hiato presente en Foucault, ante lo cual reúne las dos categorías por medio de la noción de *Estado de excepción*. La esencia de esta noción es el rompimiento del orden jurídico para salvaguardar cuestiones de orden público, seguridad interna o crisis económica, situación que caracterizó al fascismo y a otros autoritarismos, para terminar, perpetuándose, bajo formas diferentes, en las democracias occidentales de posguerra (Agamben, 2004: 24).

Un nuevo momento en la historiografía del nazismo, luego del predominio de las teorías del totalitarismo, representa la aparición de la historia social en las décadas siguientes que se interesó por discutir los lazos entre el régimen y la sociedad alemana, estudiando el grado de penetración de la ideología nazi en sus diferentes componentes, pero también las contradicciones que podían surgir entre el poder y la sociedad. Una parte de los estudios rechazaba la idea de la responsabilidad de la sociedad alemana en los crímenes nazis.

En Alemania, Martin Broszat hará parte de una nueva generación de historiadores funcionalistas que se interesaron por la vida cotidiana de los alemanes bajo el nazismo y por las formas de modernización. En los años ochenta investigadores como Gotz Aly, Saul Friedlander e Ian Kershaw discutieron con dicho enfoque. El resultado fue una crítica a los procedimientos de historización y se cuestionó la coexistencia entre dos temporalidades: la de la vida cotidiana de los alemanes comunes durante la guerra y aquella de los campos de exterminio.

Broszat subraya que no se puede ocultar una tradición alemana no nacionalista que, de repente, se halló confiscada injustamente por una mirada histórica que la condena a la sombra de Auschwitz. El exterminio de los judíos no debería constituir, según Broszat, el único patrón de la percepción histórica de la época nazi (Broszat, 1990a: 61). Sus estudios mostraron que grandes capas de población reprobaban las violencias desatadas por el régimen durante la Noche de los Cristales rotos en 1938 y revelaron los verdaderos resortes del mito del *fuhrer*, que obedecía más a su propaganda que a una real adhesión a su visión de mundo (Broszat, 1990b: 40). Aislar la época nazi del holocausto de la historia alemana, va a decir Traverso años más tarde, es una solución cómoda pero falsa e indefendible en el plano epistemológico (Traverso, 2016: 155).

Friedlander reacciona al planteamiento de Broszat enmarcándolo en una defensa para la normalización de la conciencia histórica alemana y le reprocha relativizar la dimensión criminal del nazismo. Sustraer a la sociedad alemana de Auschwitz significa ignorar y ocultar los vínculos que mantenía la sociedad con la política del régimen, la relación indisoluble entre la vida cotidiana y la política, primero persecutoria y luego exterminadora del nazismo. Valorar de esta manera la actitud de inadaptación de una parte de los alemanes comunes hacia el régimen nazi en el fondo viene a separar a una sociedad civil sana de un sistema criminal, exculpando implícitamente a la primera de las atrocidades cometidas por el segundo (Friedlander, 1990: 47).

De acuerdo con Friedlander, la ignorancia alemana sobre la suerte de los judíos fue una construcción mítica de la posguerra ya que si bien en su gran mayoría los alemanes no participaron ni asistieron a las operaciones de exterminio, de todos modos, la información circulaba ampliamente. La violencia nazi penetraba en la vida

cotidiana de los alemanes y al menos un tercio de la población civil alemana estaba al corriente de las masacres en el Este.

La historiografía alemana desde los años setenta, con la emergencia de nuevos enfoques, presentó un cambio de paradigma: el pasado alemán pasó de ser interpretado como un *Sonderweg* a una suerte de laboratorio biopolítico que condensa las contradicciones explosivas de la modernidad, del cual Brozat ya había abierto el camino. Las tesis de la escuela funcionalista alemana fueron reformuladas por Götz Haydar Aly quien, en su libro *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes*, explica que los dirigentes del Reich obtuvieron el silencio y la complicidad de la mayoría de los alemanes a cambio de seguridad y bienestar material. Para Aly, la imagen de un Estado autoritario en todos sus aspectos es falsa, es en la noción de dictadura consensuada con un respaldo mayoritario donde está la respuesta: “el consenso mayoritario no emanaba de un convencimiento ideológico, sino del soborno sistemático mediante el bienestar social” (Aly, 2006: 268), una dictadura de favores mutuos con una eficaz política social y tributaria que alivió a las familias.

El razonamiento de Aly es el siguiente: a) el nazismo preconizaba una igualdad y promoción social de la comunidad racial nunca conocida en Alemania; b) en el interior de la nación popular alemana cundía la preocupación por una mejora de las condiciones de vida y prosperidad generalizada que asegurara el Estado. Según Aly, el régimen supuso para la mayoría de los alemanes implicados un progreso económico evidente y se convencieron de que iban a tener buenas perspectivas de futuro. La combinación de las políticas socio-raciales con la atenuación de los conflictos sociales y políticos, renovaron una y otra vez la confianza de las masas en sus dirigentes (Aly, 2006: 287-289).

Esto explica la adhesión masiva de la sociedad al régimen. En su opinión Alemania no fue nazificada en el plano ideológico, sino fue conquistada por medio de la política social del nazismo. Tales estimaciones resultan discutibles y engañosas para el historiador belga Jaques Pauwels quien, en su libro *El gran capital con Hitler* (2019), sostiene que la política social nazi fue regresiva y que los efectos económicos de la arianización apenas beneficiaron a las clases medias (Pauwels, 2019: 92-96). De todos modos, la idea sostenida por Aly proporciona nuevas claves para comprender por qué el régimen nazi logró beneficiarse de un apoyo tan extendido en la sociedad alemana. La variable bienestar social se añade a las explicaciones dadas.

Este tipo de explicaciones univocas será objeto de controversia y crítica en los noventa por historiadores como Ian Kershaw, Michael Mann y en años recientes por Ferrán Gallego. Las investigaciones sobre la vida cotidiana bajo el nacionalsocialismo de Kershaw (2004), cambiaron la percepción sobre la adhesión de los alemanes corrientes y los trabajadores, cuestionando la idea optimista de una oposición oculta

al régimen, a la cual Brozat había otorgado especial relevancia. La imagen de que la oposición de la clase obrera ejerció presión sobre el régimen nazi era atractiva y, en un sentido reconfortante, reconoce críticamente Kershaw, pero la reemplaza por una visión más sobria de una clase obrera que había sido neutralizada, contenida, resignada, desmoralizada, en el mejor de los casos, sólo parcialmente integrada, pero que nunca llegó a convertirse en una seria amenaza para el régimen (Kershaw, 2004: 267).

En su trabajo *Las fuentes del poder social* el norteamericano Michael Mann examina de manera comparativa diversos ángulos de los regímenes fascistas. Al encarar la cuestión de las adhesiones populares argumenta que pese a lo incoherente e irracionales que pudiesen parecer los postulados fascistas, los mismos debieron ofrecerles respuestas verosímiles en un contexto de profunda crisis. “Las nuevas ideologías no necesitan verdad sino credibilidad, una habilidad para dar *algo de sentido* a los acontecimientos” (Mann, 1991, 1997: 920). Su argumento sugiere que respuestas más radicalizadas cuentan con más posibilidades de atraer a un mayor número de personas en un contexto de quiebra de la legitimidad de las élites y de corrosión de certidumbres.

Por su parte, Ferrán Gallego Margalef cuestiona que al “negar la colaboración con el fascismo, se olvida la sinceridad de su convocatoria popular, su captación de voluntades, su deseo de construir una nación, el innegable prestigio del régimen hasta la guerra misma, se falsifica la consistencia del fascismo, su encaje sólido en la crisis de la posguerra, se caricaturizan los motivos de la adhesión con respecto al régimen” (Gallego, 2001: 457), deviniendo en un análisis conservador de la irrupción de las masas en la historia en relación con proyectos radicales que sedujeron a millones angustiados por una sociedad fracturada.

La tradición marxista: Entre régimen de acumulación, hegemonía política y patriarcado

Durante los años 70, diversos autores de la tradición marxista estuvieron muy activos en la discusión de la experiencia fascista y su herencia política en otras regiones del mundo. Parte de los debates señalaron algunos caminos interpretativos de la relación sociedad y regímenes políticos. En el caso de Europa destaca la italiana María Macciocchi y el sociólogo político greco-francés Nicos Poulantzas quienes junto con Louis Althusser hicieron parte de la corriente estructuralista. En el caso de América Latina sobresalen los planteamientos de Agustín Cueva, Theotonio Dos Santos, Atilio Boron, Liliana De Riz, Ruy Mauro Marini y Guillermo O’Donell, quienes trataron de explicar las dictaduras que por entonces dominaban en el Cono Sur;

unos identificaron un fascismo dependiente, otros descartaron un tipo de fascismo latinoamericano.

En sus trabajos *Fascismo y Dictadura* (1971) y *Acerca del impacto popular en el fascismo* (1976), Poulantzas, quien décadas después de su militancia leninista paradójicamente acabaría por abrazar la política del eurocomunismo, sostenía que el fascismo se impuso como una solución a la crisis de hegemonía en la forma estatal autoritaria no parlamentaria. Insiste en que no fue cierto que los sectores populares, salvo la pequeña burguesía, hubieran sido afectas al fascismo. Según su interpretación, la clase obrera y el campesinado permanecieron fiel a sus organizaciones. Enfoque que suscitó mucha polémica, aunque fue rebatido con suficiencia —autores como Cristian Buchrucker le apoyarán y otros como Stanley Payne le controvertirán—.

Para el caso de la pequeña burguesía, Poulantzas considera que allí donde el impacto existió, el hecho comprendió una gama diversificada que iba desde la adhesión activa, casi incondicional al fascismo, pasando por el apoyo circunstancial hasta la resignación pasiva. Las razones de dicho apoyo fueron su política económica, que llevó a la absorción del paro en que se encontraba una parte de los sectores medios y trabajadores; en segundo lugar, la explotación de la unidad nacional y; en tercer lugar, la ideología fascista y su materialización (terror) de manera diferenciada. Lo novedoso en su planteamiento es su reconocimiento que el fascismo recogió una serie de aspiraciones en cada una de las clases.

Retoma Poulantzas una idea que se discutió décadas atrás en el marco de la III Internacional, responsabilizando el hecho que ciertas clases populares que se decantaron del lado del fascismo lo hicieron a causa de la incapacidad de los partidos comunistas alemán e italiano, “al haber dejado a estas masas populares desorientadas y desarmadas frente a la recuperación ideológica desvirtuada por el fascismo bajo la forma de aspiraciones populares profundas, y haberlas dejado arrastrar, por ignorancia, hacia una política al servicio del gran capital” (Poulantzas, 1976: 70).

La discusión no es lo equivocado o no de la orientación de los partidos comunistas en ese momento histórico; lo controversial es la concepción superficial que subyace sobre las masas populares. Se observa una manera de subvalorar las clases medias y bajas, su querrela de no orientar por el camino correcto, su idea de desorientadas, de arrastradas por la ignorancia y la manipulación dejan ver un esquematismo como si las aspiraciones populares fueran inherentes a un determinado sector social, por tanto, quién las interprete para sí, tendrá el apoyo de las mismas. Al asumirlas como manipulables, carentes de opinión y de criterio, tiende a reducir las múltiples conexiones que establecieron con el régimen.

Por su parte, la italiana Macciocchi, integrante del PCI discute de manera original la cuestión de las mujeres y el recorrido del fascismo (1976), señalando la ausencia

de análisis de la ideología del fascismo a partir del universo femenino. Para ella, al régimen nazi le resultaba crucial tener el apoyo de las mujeres en su proyecto de purificación racial, lo que de alguna manera consiguió, bajo una noción incluyente de su política racial, patriarcal y sexista consagrada en la Ley para la protección de la Sangre y el Honor (Macciocchi, 1976: 62). Las mujeres de todas las clases y sectores fueron a la vez ejecutoras y víctimas de dicha política.

Latinoamérica: entre la dictadura, el populismo y el fascismo

En el caso latinoamericano, Agustín Cueva y Theotonio Dos Santos van a sostener que las dictaduras de los años 70 del Cono Sur revistieron un carácter fascista, las cuales basaron su dominación en la coerción y el terror, en el uso de la hegemonía para la recomposición de los mecanismos de acumulación de capital afectados por la crisis. Lo esencial en estos autores es el contenido de clase del régimen y la forma de ejercicio de la dominación (Cueva, 2013: 51). Dos Santos popularizó la expresión “fascismo dependiente” en su obra *Socialismo o fascismo*, al considerarlo como un fenómeno con posibilidades de expansión en América Latina (Dos Santos, 1972: 60). Dos Santos sostuvo que, en su versión latinoamericana, la dictadura fascista “sobrevive apoyada mucho más en una apatía política de amplios sectores pequeños burgueses y obreros que en una capacidad real de ganar su apoyo activo” (Dos Santos, 1972: 187). La discusión asumió una mayor complejidad. El apoyo de las capas medias, cuando sucede, no proviene sólo de las ventajas económicas que recibe, sino de sustratos ideológicos más amplios, aunque el predominio de uno u otro nunca resulta del todo claros. Dos Santos distingue entre fascismos expansivos y defensivos; el primero, como el alemán, necesita un apoyo de masas en virtud de la conquista exterior; en cambio, el segundo, como el latino, se presume incompatible puesto que la fuerza represiva se vuelca hacia dentro. En las dictaduras latinoamericanas e ibéricas la movilización de masas fue menor o inexistente por lo que los mecanismos de poder y de control social giraron en torno a la coerción y el miedo.

En cambio, Atilio Boron (1977), Liliana De Riz (1977), Ruy Marini (1978) y Guillermo O'Donnell (1978; 1982) se mostraron distantes de la tesis de las dictaduras fascistas latinoamericanas ya que consideraban que los Estados en esta parte del Atlántico asumían formas propias, al tiempo que consideraban al fascismo como un fenómeno temporal y geográficamente definido. De Riz enfatiza que, en las dictaduras, a diferencia de los fascismos europeos, los sectores de la pequeña burguesía amenazados por la crisis del capitalismo no constituyen su base social de apoyo, pues se trata de regímenes antipopulares incapaces de presentar un programa que les cohesionara (De Riz, 1977: 160). El carácter dependiente de las economías y el retroceso material experimentado por las capas medias, según Cueva, hizo que no fuera

posible construir un apoyo de masas en estos regímenes; sin embargo, reconoce que la dictadura chilena se impuso con el apoyo de la movilización masiva especialmente de la pequeña burguesía (Cueva, 2013: 476), algo que Boron compartió.

Por su parte, el economista y sociólogo marxista brasileiro, Ruy Mauro Marini (1932-1997) advertía que los setenta marcaban un periodo contrarrevolucionario en América Latina planteando en el análisis de dicho periodo, la discusión sobre el carácter fascista o no fascista de ese proceso. Pretendió ir más allá de buscar semejanzas y diferencias con el fascismo europeo, encontrando las especificidades del proceso contrarrevolucionario. La contrarrevolución en Latinoamérica no podía identificarse mecánicamente con el fascismo europeo, aunque las dos fueran formas de contrarrevolución burguesa (Marini, 1978: 24).

Sostiene tres vertientes de la contrainsurgencia; la primera, es la formulación de la doctrina que supone el aniquilamiento de los movimientos revolucionarios, la conquista de bases sociales y procesos de fortalecimiento institucional; la segunda, es la transformación estructural de la burguesía criolla en burguesía monopólica estrechamente vinculada al imperialismo, en especial norteamericano, que tiende a traducirse en modificaciones del bloque dominante; y la tercera es la violenta reacción que enfrenta la burguesía al ascenso del movimiento de masas.

La contrarrevolución latinoamericana se deriva de la imposibilidad en que se encuentra la burguesía monopólica de atraer a su campo sectores significativos del movimiento popular. A diferencia del fascismo europeo, que fue capaz de arrastrar a amplias masas pequeñoburguesas e incluso del proletariado, ganando allí cierto grado de apoyo, la burguesía monopólica en América Latina no puede reunir una verdadera fuerza de masas que le permita enfrentar, en las urnas y en las calles, al movimiento popular (Marini, 1978: 24); sin embargo, sostiene que, por el auge del movimiento de masas, para el bloque de poder se hace más necesaria la puesta en práctica de nuevas fórmulas de dominación, que no pueden basarse ya en la violencia pura y simple, sino que se aferran aún más a las garantías que les ofrece el Estado de contrainsurgencia.

En esta discusión sobre el carácter de los Estados en América Latina y, en particular, en el Cono Sur durante los gobiernos militares de los años 70, Guillermo O'Donnell (1933-2011) aporta su concepto de "Estado Burocrático-Autoritario" B-A, primero en un documento titulado *Tensiones entre el Estado Burocrático Autoritario y la cuestión de la democracia* (1978) y luego con la publicación de su libro *El Estado Burocrático Autoritario* (1982), a partir del estudio de caso de la Argentina (1966-1973). Sostiene que bajo esta categoría se pueden entender las nuevas formas de dominación autoritaria que emergieron en América Latina a partir del golpe de

Estado de 1964 en Brasil, continuaron con el golpe en Argentina en 1966 y luego en Chile y Uruguay en la década del 70, con características más agudas y represivas.

Este tipo de Estado B-A se caracteriza por ser un organizador de la reproducción de las relaciones sociales capitalistas, en consecuencia, es un tipo de dominación capitalista cuya base fundamental es la gran burguesía, que se sostiene a partir de un conjunto de organizaciones especializadas en la coacción y la normalización económica, por tanto, es un sistema de exclusión política de un sector popular previamente activado, mediante severos controles tendientes a eliminar su presencia en la escena política (O, Donell, 1978: 13; 1982: 60-61).

La dominación bajo la figura de Estado B-A aparece ostensiblemente como coerción física y económica, pero también acude a un consenso tácito, es decir, a la despolitización, apatía y refugio en una cotidianidad ampliamente privatizada. Consenso tácito que resulta, de todos modos, un cimiento demasiado arenoso para sostener el Estado por eso recurre al miedo, que es el gran soporte para sostener el Estado BA (O, Donell, 1978: 13).

En sintonía con los planteamientos anteriores, el historiador británico Paul Preston descartó en los ochenta que, en el caso de las dictaduras, una movilización de masas legitimara dicho régimen. A diferencia de Italia y Alemania, el caso español no tuvo mayor apoyo popular pues sus bases estaban adheridas mayoritariamente al proyecto republicano (Preston, 1986: 47). Por esta razón se sometió a la oposición a una represión brutal, aunque sin descartar algún tipo de cooptación social. Años después, el debate se amplía bajo la perspectiva comparada por el historiador Pedro Feria Vázquez, quien sostiene que en el caso de los dictadores Francisco Franco y Augusto Pinochet pretendieron el control del país no sólo mediante la coerción, el miedo y la represión, que fue lo principal, sino también a través de la persuasión y la cooptación, creando una clase de beneficiados económicos para conseguir adeptos (Feria Vázquez, 2018: 114).

Feria Vázquez señala que las reformas económicas adelantadas tiempo después del arribo de estos regímenes en una dirección modernizadora hubieran sido imposible sin la pasividad o incluso la aquiescencia de la mayor parte de la población, lo que supone una labor de las dictaduras que fomentaron y consiguieron un ciudadano proclive a sus intereses, es decir, apolítico, individualista, replegado al ámbito privado y obsesionado por el consumo, el enriquecimiento y el éxito personal (Feria Vázquez, 2018: 116).

IV. TERCER MOMENTO (1989 – ACTUALIDAD)

Un nuevo momento del debate historiográfico estará influenciado en el plano académico por el giro culturalista, los enfoques del fin de la historia y las reacciones intelectuales hacia ellos. Simultáneamente, el auge de la historia global, el rescate de la historia social y de las perspectivas críticas contribuirán a la renovación de viejos debates, así como a la búsqueda de nuevos horizontes epistemológicos y nuevos enfoques explicativos.

Este es un contexto político y social que Enzo Traverso ha definido como “época bisagra”, esto es, un período donde el paisaje intelectual y político asiste a un cambio profundo en el que lo antiguo y lo nuevo se mezclan (Traverso, 2016: 12). El punto de inflexión estará marcado por el derrumbe del muro de Berlín (1989), la desintegración del campo socialista y la expansión del modelo neoliberal. Durante este periodo destaca el ascenso de movimientos de extrema derecha en Europa y América Latina, nuevas guerras preventivas desatadas en vastas zonas del planeta en nombre de la lucha contra el terrorismo, nuevas crisis económicas globales y regionales, así como una ofensiva en la recomposición del capital y la reconfiguración de la matriz de acumulación global donde el capital financiero adquiere preponderancia.

La historia cultural: estética del fascismo y religión civil

Desde los años noventa la historiografía del fascismo ha conocido un desarrollo considerable, ampliando su campo de estudio hacia la historia cultural y modificando sus paradigmas de investigación. George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile destacan en los estudios del caso alemán, francés e italiano, respectivamente.

Los trabajos *La nacionalización de las masas* (1974) y *La revolución fascista* (1999) de Mosse sugieren que es la nacionalización la fuente del consenso popular hacia el régimen. El fascismo, en su opinión, quería movilizar a las masas generándoles la ilusión de ser “actores y ya no más espectadores pasivos de la política, como había ocurrido en las sociedades liberales antes de 1914” (Mosse, 2005: 74). La nacionalización de las masas se expresa en un conjunto de ritos —culto a los mártires, manifestaciones patrióticas, monumentos, banderas, himnos— que hallan su realización en lo que denominó la “liturgia fascista y nazi”, una especie de estética del fascismo.

Partiendo de la historia cultural, Mosse considera que para comprender el fascismo la historia ideológica, política y económica no es suficiente. Hay que tener en cuenta sus representaciones, símbolos, estilos, prácticas y su capacidad de dar forma a los sentimientos populares. El régimen fascista se transformó en una religión civil

(Mosse, 2005: 75). El fascismo, según Mosse, presenta una dimensión religiosa en la medida en que suscita entre sus adeptos una adhesión fundada más en la creencia que en la convicción racional.⁵

A finales de los ochenta, Emilio Gentile analizó el fenómeno del fascismo italiano, destacando *Fascismo. Historia e interpretación* (2004), *El culto del Littorio* (2007) y *La vía italiana al totalitarismo* (2005). Siguiendo la estela de Mosse, Gentile define el fascismo como la “sacralización de la política” y analiza su simbología. Lo compara con el cristianismo, percibiendo en ambos una fe civil y política; una religión, una disciplina de espíritu. Descubre en el fascismo la estructura típica de una religión articulada con cuatro dimensiones: la fe, el mito, el rito y la comunión, compartiendo la noción de religión civil (Gentile, 1995: 95). En el entramado teórico de Gentile tampoco hay espacio para el análisis económico-social.

Estas aproximaciones que privilegian los aspectos culturales incorporan al debate elementos estéticos bastante innovadores y pertinentes a su vez que tienen debilidades y limitaciones, pues tienden a ignorar la dimensión política de los regímenes y subestimar la importancia de las ideologías, lo que funciona como sustituto de la historia social, en lugar de integrarla. Los resultados de estos enfoques han sido contradictorios pues al reducir el fascismo a su cultura e imaginarios, su violencia se vuelve simbólica (Traverso, 2016: 138).

Latinoamérica: una nueva mirada

Una serie de categorías explicativas surgieron para dar cuenta de un tipo de regímenes de corte autoritario que emergieron en las últimas décadas y que en el caso de la América Latina postdictatorial mantenían cierta envoltura democrática. Regímenes que asumieron formas de organizar y concentrar el poder en el marco de las reformas constitucionales de los ochenta y noventa propias del cambio de paradigma de los modelos de desarrollo. Se trató de un momento en el que coinciden el liberalismo político y el liberalismo económico, producto de una nueva mentalidad sobre el desarrollo impulsada bajo el Consenso de Washington.

Categorías de la ciencia política y la sociología como *democracia delegativa*, *populismo* y *neopopulismo*, *autoritarismo neoliberal*, entre otras, se propusieron interpretar formas de gobierno que se denominan a sí mismas democráticas, pero develan en su trasfondo regímenes autoritarios.

O'Donnell sugiere la noción de “democracia delegativa” como una expresión del caudillismo, es democrática en cuanto se basa en el apoyo de la mayoría, pero no lo

⁵ La noción de religión política como esencia del fascismo había sido esgrimida en los años 30 por Polanyi (2020).

es en tanto menoscaba derechos individuales, debilita las instituciones de control y disminuye los mecanismos de responsabilidad (1992: 104). Es una forma de autoritarismo que se asocia a la concentración del poder en el Ejecutivo y el predominio de este sobre un legislativo débil o inexistente, aunado a la pérdida de poder por parte de la rama judicial y a un proceso de desinstitucionalización.

La noción de democracia delegativa coincide en algunas manifestaciones con lo que otros autores han llamado populismo. En la tradición latinoamericana los gobiernos clásicos de ese tipo sucedidos entre los treinta y los setenta (Cárdenas, Perón, Vargas, Irigoyen, Arbenz, etc.), son considerados de corte popular, nacional popular o incluso de 'izquierda'. En general, hay divergencias de unos a otros, cuando no son contradictorios entre sí, expresando una polisemia en la categoría que dificulta la comprensión de cada fenómeno, sin embargo, muestran algún acuerdo referido a ciertos aspectos de la relación entre líder-pueblo, élite-masa, carisma-demagogia, democracia-autoritarismo u otros problemas relativos a la movilización social, la movilización política y la modernización (Ianni, 1975: 109).

A partir de los años 80, tal polisemia se torna más elástica, a la vez que ambigua, por cuanto se incorpora la noción neopopulista referida a proyectos políticos de derecha alineados con la economía de mercado y la globalización neoliberal (Bueno, 2013: 120). Un nuevo momento en la aplicación del término populismo se daría en el nuevo milenio para explicar la irrupción de gobiernos alternativos y progresistas en la región.

En su obra *Del Fascismo al Populismo en la Historia* (2017), el historiador argentino Federico Finchelstein sostiene la tesis del fascismo y el populismo transatlántico en una perspectiva de la historia global. Compara el populismo argentino peronista y el fascismo italiano, y pese a percibir sus notables divergencias de estructura social e historia política, afirma que los dos países presentaban semejanzas que dieron lugar a dos formas de autoritarismo (2018: 162). Ambos regímenes movilizaron a sus poblaciones desde arriba, promoviendo política de masas y convenciendo a las mayorías de que el líder carismático las representaba a ellas y a la nación como un todo. Finchelstein sostiene que el populismo se apoya en la movilización popular en torno a las ideas de nación, líder y pueblo,⁶ y produce consenso a través de la propaganda política; "la repetición compulsiva de palabras e imágenes del líder sustituyó

⁶ Para el caso de América Latina propone una caracterización de regímenes que van del populismo clásico (Juan Perón, Getulio Vargas), al populismo neoliberal (Alberto Fujimori, Abdalá Bucaram, Carlos Menem, Álvaro Uribe), pasando por los neopopulismos de izquierda (Hugo Chávez, Rafael Correa, Néstor Kishner) hasta los neopopulismos de extrema derecha o neofascistas (Álvaro Uribe, Donald Trump, Jair Bolsonaro).

la necesidad de ofrecer explicaciones complejas de programas o ideas o acudir a una violenta represión” (2018: 232).⁷

En Perú y Colombia el populismo neoliberal unió sus fuerzas para liderar una campaña agresiva contra las guerrillas de izquierda de ambos países. Fujimori (1990-2000) y Uribe (2002-2010), quienes dirigieron gobiernos marcadamente autoritarios, fueron gobernantes relativamente populares que apelaron a las manos del mercado como si fueran fuerzas favorables a los pobres. En el caso neopopulista de extrema derecha de Trump, que propone además un modelo de liderazgo machista que combina sexismo y misoginia con el poder del capital, Finchelstein admite la correlación existente entre el resentimiento de una parte de la sociedad norteamericana contra los afroamericanos e inmigrantes y el apoyo a Trump: “los seguidores de Trump quieren a Trump no a pesar de sus cualidades antidemocráticas, sino precisamente por ellas” (2018: 175). Esta relación bidireccional entre jefe autoritario y pueblo supone necesaria la participación y el deseo no sólo de los dominadores sino también de los dominados para que el proyecto autoritario se constituya en régimen de Estado (Žižek, 2001b). De este modo, Finchelstein introduce un nuevo elemento explicativo: las aspiraciones y expectativas de unos y otros, concluyendo que “no es posible reducir el populismo sólo a sus líderes carismáticos. Líderes y seguidores responden unos a las expectativas de otros y moldean la realidad del movimiento” (2018: 176).

El uso excesivo de la categoría de populismo ha sido tan amplio que lo vacía de contenido, reuniendo movimientos y líderes políticos muy diferentes unos de otros, desde Fujimori a Berlusconi, de Menem a Evo, de Kissner a Uribe y de Trump a Chávez, obscureciendo sus profundas divergencias ideológicas y de proyecto político.⁸ Sin embargo, en la lectura clásica del populismo aparecen dimensiones de análisis relevantes: a) en la esfera política, se observan liderazgos fuertes, personalistas, con capacidad retórica y de motivación de diferentes sectores sociales bajo las consignas de unidad nacional y defensa de la soberanía nacional; b) en la esfera económica, se consideran reformas legislativas que tienen como centro las políticas proteccionistas conjugadas con la idea de nacionalismo; y c) en la esfera social, se examinan reformas incluyentes, procesos de incorporación popular y movilización que son base de la legitimación del poder.

⁷ El peronismo de la mano de Evita utilizó una variedad de medios que incluía periódicos, películas, radio y revistas.

⁸ Para Enzo Traverso la categoría de populismo resulta ser ambigua, limitada y elástica porque el populismo es ante todo un estilo político y no una ideología, razón por la cual es útil para describir el estilo de gobernar, pero presenta problemas a la hora de dar cuenta del carácter de un régimen político (Traverso, 2021: 33).

En contraste, una orientación conceptual distinta se origina al criticar: a) de la esfera política, las estrategias de manipulación, el discurso maniqueo, la extralimitación del poder y el estilo del líder, al ponerse por encima de las instituciones y adquirir un carácter autoritario; b) de la esfera social, la proyección de reformas que no solucionaron los problemas del pueblo y terminaron por afectar las clases populares que se pretendía proteger; y c) de la esfera económica, la legislación proclive al intervencionismo del Estado que conformó un todo de política cortoplacista, que no solucionó los problemas estructurales de la región y provocó déficit fiscal (Bueno, 2013: 120).

Otra categoría que entra en diálogo con la de democracia delegativa y de populismo, es la de neoliberalismo autoritario, que representa una forma de superar una crisis de hegemonía (Saidel, 2021). Es transversal a distintos tipos de regímenes políticos y se caracteriza por Estados que buscan generar andamiajes legales para consolidar los procesos de acumulación de capital, proteger los intereses de grupos monopólicos de poder, además de restringir las protestas sociales contra las políticas de ajuste económico que someten a la mayoría de la población con la excusa de la disciplina fiscal. Estos gobiernos tienden a reforzar los aparatos de control y de vigilancia, buscan aislar y contener a los grupos sociales que cuestionan las políticas implementadas, apoyados por los medios de comunicación como instrumentos propagandísticos para justificar las políticas neoliberales (Bojórquez, Correa y Gil, 2022; Bruff y Tansel, 2019; Saidel, 2021).

Según Bruff y Tansel (2019), en el ejercicio de gobierno existe una defensa del libre mercado y de la ganancia del capital financiero, al igual que una tendencia a centralizar el poder en el Ejecutivo. Al ser las políticas de ajuste económico un dogma incuestionable, el control social recurre al uso de la fuerza y la judicialización. Los Estados buscan disciplinar y controlar a los grupos sociales disidentes a través de leyes, aparatos represivos cobijados bajo la legalidad que limitan los espacios de manifestación ciudadana (Bruff y Tansel, 2019). No obstante, estas explicaciones resultan parciales e insuficientes para entender el tipo de autoritarismo y las formas de dominación que conlleva el neoliberalismo, en tanto no problematizan las estrategias de consenso bajo el andamiaje ideológico neoliberal; la idea de emprendimiento, el individualismo, la competencia y el asistencialismo a partir de programas de focalización.

Este tipo de gobiernos guarda estrecha relación con el auge de nuevas derechas en América Latina. Desde el pensamiento crítico autores como Raúl Zibechi y Francisco López discuten este fenómeno. Una nueva derecha ha surgido en la región, milita-

rista y feminicida que tiene en el Brasil de Bolsonaro su mayor exponente,⁹ en la que confluyen militares y evangélicos, clases medias, milicias y un poderoso narcotráfico aliado con políticos derechistas (Zibechi, 2019: 8). Un proyecto de propietarios dedicado a cuidar sus bienes y privilegios que sienten en peligro apelando a distintas estrategias como golpes blandos y un amplio trabajo de base desplegándose en los territorios de mayor pobreza en campos y ciudades. La ofensiva de la nueva derecha establece su potencia en el agotamiento de los gobiernos progresistas que han mostrado una incapacidad para profundizar las políticas implementadas y para construir modelos alternativos (López, 2016: 76-80). En la medida en que sigan proliferando las desigualdades y ante la ausencia de alternativas creíbles, es probable que el neoliberalismo autoritario y la derecha radical continúen su expansión.

Marcos de referencia cognitivos y la idea de universo moral

Otra perspectiva novedosa la ofrecen George Lakoff y Thomas Frank que coinciden en destacar que la derecha conservadora norteamericana, aunque no exclusivamente, ha logrado fusionar el tradicionalismo con el ultraliberalismo, con un importante respaldo del voto popular, donde el rechazo al aborto, al matrimonio homosexual o a las minorías inmigrantes pueden ir de la mano de la aprobación de los fondos de pensión o de la aceptación del desmote subsidiario.

Lakoff, profesor de Ciencia Cognitiva y Lingüística de la Universidad de California, bajo la perspectiva de la *Semiótica del Marco* discute en *No pienses en un Elefante* (2004) cómo los conservadores estadounidenses y sus *think tanks* estructuran y comunican sus ideas. La idea central son los marcos de referencia que estructuran nuestro modo de ver el mundo. Dichos marcos conforman las metas que nos proponemos, los planes que hacemos y la manera de actuar.

Según Lakoff, las políticas conservadoras tienen una consistencia moral básica. La familia conservadora se estructura en torno a la imagen del padre estricto, que cree en el valor de la autoridad, enseña a sus hijos a disciplinarse en un mundo competitivo en el que triunfarán si son fuertes y disciplinados develando, a su vez, un matiz patriarcal e hipermasculino. La derecha conservadora ha creado, a través del enmarcado y del lenguaje, reiterado en el *mass media*, un engarce entre la moral del padre estricto en la familia y la religión, por una parte, y la política conservadora, por otra. Para que este engarce pueda prevalecer tiene que ser emocionalmente muy fuerte. Estas tesis de Lakoff reactualizan el debate en torno a la estructura de pensamiento y al deseo como variables diferenciadas de los intereses de clase, es decir, la gente

⁹ También se expresa en otros países como Venezuela, Bolivia, Perú, Argentina, Colombia y Chile (López, 2016:77).

vota más por sus valores, estereotipos culturales e identidades que por sus intereses económicos.

De manera complementaria, Frank construye su argumentación en la idea de un universo moral que hace que una parte del proletariado y de las clases medias busquen seguridad, especialmente tras la inseguridad económica desencadenada por el nuevo capitalismo. Esta tesis supone un movimiento de politización de la fe cuya dimensión religiosa propulsa el sentimiento conservador y rehabilita comportamientos tradicionalistas, nacionalistas o reaccionarios de una fracción del electorado popular instalados en un largo proceso histórico. Idea muy sugerente que coincide con el planteamiento de Balibar y Wallerstein, quienes consideran que lejos de toda interpretación mecánica y lineal, el racismo, el nacionalismo o el misticismo no surgen de la crisis, sino que ella agudiza un conservadurismo que está presente, que ya hace parte de las estructuras culturales de determinada sociedad (Balibar y Wallerstein, 1991: 335). El éxito de la derecha en el universo popular, según Frank, no se explica sólo por el talento de sus portavoces, sino también por el debilitamiento de los colectivos obreros que ha llevado a numerosos electores a vivir su relación con la política de un modo más individualista, más calculador.

Múltiples determinaciones en la explicación del proceso histórico

Varios historiadores contemporáneos ofrecen perspectivas novedosas e integrales a la hora de comprender el fenómeno aquí abordado, éstos son los ya citados Ferrán Gallego, especialista en estudios sobre las derechas; Enzo Traverso, destacado representante de la historia global; Peter Fritzsche, historiador estadounidense especializado en historia moderna europea; y el suizo Philippe Burrin, interesado en los estudios sobre ideologías y movimientos políticos en Europa. Los autores proponen como elemento común establecer coordenadas de análisis más allá del plano nacional; el nazismo no es un asunto sólo de Alemania, así como el holocausto tampoco lo es. No hubo colaboradores sólo en Alemania, también los hubo en los países ocupados.

Ferrán Gallego se interesó por el nazismo a raíz de que su padre, una persona bondadosa que odiaba la humillación y la injusticia, consideraba que el fascismo era una solución para los problemas de su época. Esa experiencia personal le convenció que detrás de esos regímenes se encontraban no sólo los verdugos, sino un tipo de complicidad que procedía de las grandes inseguridades y fracturas de una época, que llevó a gente sencilla a entregarse a una fe profunda.

Esta inquietud se aprecia en su obra *De Múnich a Auschwitz, Una historia del nazismo* (Gallego, 2001). Su enfoque está centrado en el examen de las fracturas de Weimar y las ofertas de reconstrucción de la cohesión social que hizo el nazismo.

“Reconstruir la hegemonía nazi implica detectar las causas profundas no sólo de la llegada de Hitler al poder sino la duración y firmeza con que se mantuvo el régimen”. Así el autor se aproxima desde otro lugar para explicar el fenómeno de adhesión popular al proyecto nazi, apartándose de la idea de pasividad de buena parte de los alemanes ante la seducción del líder que ha sido tan publicitada.

El nazismo creció no sólo en la medida en que la población conectó con sus propuestas sino en proporción a la quiebra de la cultura política de Weimar y a la destrucción de la base electoral de sus partidos. Su crecimiento y vinculación masiva también se explica, en un sentido razonable, por la funcionalidad y coherencia de las demandas del momento histórico.

El uso diverso de los mecanismos del partido y el gobierno se completa con el uso de la seducción y la represión como mecanismos que se explican mutuamente: en la medida en que el régimen excluye, ofrece la promoción inmediata a quien es incluido en la comunidad racial lo cual actúa como factor de cohesión. El objetivo de practicar la violencia política desde los márgenes legales y no legales era intimidar a los militantes de los partidos de oposición, pero también asegurar el apoyo del resto de la sociedad. Mientras que, en una parte de la población podía asumirse como complicidad abierta con el régimen, en tanto aceptación entusiasta de una identidad de pertenencia a la comunidad popular, en otra, representaba un ejercicio de lealtad mediante la cual los ciudadanos se protegían contra toda sospecha y afirmaban su vinculación a la comunidad (Gallego, 2001: 275). A lo anterior, el autor suma otro factor explicativo: la recuperación económica como fuente necesaria de consenso y base para la expansión del Reich.

Concluye Gallego, que la población vivió las etapas de la guerra en el régimen nazi de forma compleja, diversa, dependiendo de la docilidad, el entusiasmo, el temor o la indiferencia, acumulados en los años de paz. El mito de Hitler contribuyó a sostener el apoyo al régimen, amplio y transversal, lo que explica que, tras la caída del régimen, en los años cincuenta una parte de la sociedad no sólo añoraba a Hitler, sino que el nazismo les parecía aceptable, de no haber sido por el Holocausto. Hay una especie de negativa, en la academia y en la política, de ver en la colaboración al régimen una cara de una cultura nacional con varios costados, tallada por los diversos impulsos ideológicos del periodo de entreguerras.

Enzo Traverso, autor de una brillante genealogía del fascismo, sostiene que la actitud de la sociedad alemana frente al nazismo presentaba un abanico de comportamientos muy diferenciados que iban desde la desaprobación (minoritaria) hasta el apoyo entusiasta de la política nazi, pasando por diferentes formas de disensión y de adaptación, unas veces forzada, otras veces voluntaria (2016: 158). Este enfoque representa una propuesta situada bajo múltiples determinaciones de un proceso

histórico que se diferencia de las posturas reduccionistas que consideran que la sociedad no tuvo nada que ver con la política nazi, en particular la escuela funcionalista alemana. También se distancia de las posturas que enfatizan el terror como lo es la teoría del totalitarismo. Para Traverso, el régimen nazi no habría podido perpetrar sus crímenes sin contar con sólidos apoyos, sin explotar esas formas de adaptación, sin neutralizar las actitudes de disensión o reprimir las formas más abiertas de resistencia (2016: 158).

En su libro *Francia bajo la ocupación nazi 1940-1944*, Philippe Burrin (2004) ofrece una postura similar, sostiene que durante los cuatro años que vivieron los franceses bajo la dominación nazi, aquellos reaccionaron de distintas formas: unos, oponiéndose abiertamente a ella; la mayoría, sometiéndose y resignándose; otros, bastante numerosos, adaptándose o intentando establecer un pacto con el vencedor. Analiza la diversidad de comportamientos de la sociedad francesa ante la presencia del ocupante, desde el compromiso colaboracionista hasta las formas más cotidianas, manifiestas o subrepticias de cohabitar con los vencedores: búsqueda de trabajo, aprendizaje del alemán, visitas a conciertos o conferencias organizados por nazis, etc.

Finalmente, Fritzsche afirma que el nacionalsocialismo descansó sobre una base amplia de respaldo popular, para lo cual explora las formas en que el pueblo alemán se identificó y colaboró con el nuevo orden racial. Sostiene que la mayoría de los alemanes compartían un consenso antisemita con los dirigentes nazis (2009). Examina cómo en este período los alemanes tuvieron que lidiar con el proyecto nazi en diversas claves de deseo, fascinación y consternación; los alemanes se acercaron a las políticas nazis movidos por el miedo, el oportunismo y la ambición profesional, así como animados por niveles variantes de convicción ideológica. Tratándose de un vasto proyecto de renovación social, política y racial, el nacionalsocialismo ofreció al pueblo alemán todo un abanico de formas de participación.

Para este autor, los alemanes eran individuos conscientes, capaces de deliberar, tanto bajo el Tercer Reich como durante la República de Weimar. El nacionalsocialismo no triunfó gracias a la seducción, la parálisis o la hipnosis colectiva (Fritzsche, 2009: 19), sino que los alemanes comunes y corrientes tomaron decisiones políticas de forma consciente durante el Tercer Reich, encontrando algún atractivo en las ideas nacionalsocialistas (Fritzsche, 2009: 38). En esta lógica, los alemanes se convencieron de que el nazismo representaba una nueva dirección que ofrecía nuevas oportunidades a la que tenían que adaptarse. Otros se convirtieron porque sentían una auténtica fascinación por la visión del nacionalsocialismo, en particular, por la promesa de una comunidad del pueblo. En consecuencia, se podía apoyar al régimen sin ser nazi, ser nacionalista o conservador sin ser nazi. Así se abrigó la idea de comunidad del pueblo por parte de una mayoría de alemanes.

A esta prolífica discusión se sumó el investigador portugués João Bernardo (1946-) con su obra titulada *Labirintos do fascismo*, iniciada en los años setenta y culminada en el nuevo milenio, en la que discute cómo el fascismo conquistó a las masas. El autor argumentaba que hubo formas de aprobación del régimen, formas en que el régimen sedujo la simpatía (economía), otras en que a través de la represión se liquidó a los líderes tradicionales del movimiento obrero,¹⁰ pero que también se organizaron múltiples formas de resistencia de la clase obrera y los sectores populares, unas explícitas, otras subrepticias y otras más pasivas según el momento evolutivo del régimen.

Para Bernardo, si bien la represión fue el mecanismo de poder que más usó el régimen para obtener obediencia y respaldo, no significó, como sostiene Arent, una estrategia que inmovilizara a la población, de hecho, su argumento principal respecto a la recepción de tal mecanismo de coerción, es la diversidad de formas de resistencia y oposición a las políticas del régimen, “el fracaso del fascismo fue real al pretender eliminar definitivamente entre las masas cualquier marco de organización que no fuera dictado por las élites” (Bernardo, 2003; 608). El uso de fuentes de este autor, documentan mejor el disenso que la apatía o el asentimiento.

De este modo, una variante del enfoque multidimensional la constituye su trabajo que considera que lo principal fueron las variadas formas veladas de resistencia de la población, al contrastar entre las actitudes externas de conformismo, los saludos con el brazo extendido, los retratos del Führer y otros dignatarios que adornan paredes y muebles, por un lado, y las opiniones secretas de incredulidad en el régimen, el deseo de que el Reich pierda la guerra o los discretos gestos de simpatía hacia los judíos, por el otro. Para el autor, silencio y aceptación no siempre es sinónimo de aprobación ni mucho menos de lealtad.

V. REFLEXIONES FINALES Y HORIZONTES INVESTIGATIVOS POSIBLES

Hay unanimidad en las investigaciones al considerar que los regímenes autoritarios, en su vertiente fascista, populista o de democracia delegada, se han apoyado en los sectores populares y la movilización de masas, a diferencia de lo que ha sucedido en los regímenes burocráticos-autoritarios y de dictadura, no obstante, éstos últimos han buscado legitimarse, ya sea mediante la cooptación, la compensación o la coerción. Sea como fuere, resulta indiscutible que los regímenes autoritarios han contado con márgenes significativos de popularidad.

También hay una unanimidad en reconocer que dichos regímenes han movilizado amplios sectores de las clases medias y bajas, sectores de la pequeña burguesía, pero

¹⁰ Los líderes del fascismo no se limitaron a decapitar a la izquierda proletaria, sino que muchos de ellos habían sido líderes de esa izquierda y habían cambiado de bando (Bernardo, 2003; 594).

también de la clase obrera y trabajadores del campo, y que sin embargo gobernaron sin ellos, a excepción del planteamiento de De Felice respecto a que el fascismo fue un proyecto de la clase media y que le representaba a ella, constituyendo un fenómeno revolucionario.

Los estudios muestran cada vez más una relación amplia, compleja y dinámica de la dominación y las relaciones de poder respecto del comportamiento de los dominados. La relación popularidad-terror, así como cualquier otra combinación binaria explicativa resulta ser insuficiente, limitada, cuando no mecánica y lineal. Diversas estrategias de poder, algunas de tipo persuasivo, otras de tipo compensatorio y otras más de tipo coercitivo, coexisten y se complementan en un mismo proceso histórico-social suscitando explicaciones plausibles de acuerdo con contextos históricos, características sociopolíticas, condicionantes regionales-globales y particularidades nacionales, entre otros factores.¹¹ También una escala de motivaciones y comportamientos en la relación sectores populares-regímenes autoritarios ha sido identificada con múltiples variantes y matices en su interior, que van desde la convicción y lealtad pasando por la conveniencia social hasta la necesidad de salvaguardar la vida.

En consecuencia, comprender que el entusiasmo, la complicidad, la pasividad complaciente, el miedo inmóvil, el silencio, la oposición matizada o la resistencia no sólo coexisten en los sectores populares, sino que convergieron e hicieron posible regímenes autoritarios en sus distintas versiones, lo que significa asumir una visión procesal y multidimensional que rompe con aproximaciones binarias, estrechas y lineales sea en los términos de la oposición entre un dictador extravagante y un pueblo seducido, ya sea en los de una dictadura terrorista frente a una población colapsada por el miedo. Tales enfoques y aproximaciones constituyen vías posibles, sugestivas e inspiradoras para afrontar nuevos casos y problemas de investigación que aún no han sido respondidos satisfactoriamente.

Esperamos que el estudio aquí presentado constituya un aporte a la investigación sobre las causas, razones y fenómenos que han dado soporte social a regímenes autoritarios. Al señalar la necesidad de pensar la dominación de manera multicausal y compleja dejando de lado explicaciones simplificadoras, constituye un punto de partida para conocer de qué manera ha sido abordada la temática, y en ese sentido, un soporte para nuevos desarrollos del pensamiento social.

¹¹ En esta dirección se inscribe el trabajo de Jymy Forero (2011), *Surgimiento y consolidación del uribismo en Ciudad Bolívar. Un análisis histórico: 2002-2007*, apoyado en un modelo multidimensional de interrelación de factores históricos tanto de carácter estructural como coyuntural, demostró que en zonas marginales de la capital colombiana se asistió a un fenómeno político que requirió una combinación de métodos para la implementación del proyecto autoritario uribista. Métodos que, en definitiva, establecieron el consenso en la población.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, G. (2004); *Estado de Excepción*, Homo Sacer, II, I. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- ALY, G. (2006); *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes*. Trad. de Juan María Mada-riaga. Barcelona: Crítica.
- ARENDT, H. (1998); *Los orígenes del Totalitarismo*. Versión de Guillermo Solana, Madrid: Taurus.
- BALIBAR, E., y WALLERSTEIN, I. (1991); *Raza, nación y clase*. Madrid: Iepala.
- BERNARDO, J. (2015); *Labirintos do Fascismo: na encruzilhada da ordem e da revolta*. 2da edición. Portugal.
- BOJÓRQUEZ, J., CORREA, J. y GIL, A. (2022); “Neoliberalismo autoritario y geografías de la resistencia. El Gran Paro Nacional en Colombia, 2021”, en *Bitácora Urbano Territorial*, 32(III), 137-149.
- BORÓN, A. (1977); “El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 39, No. 2, pp. 481-528.
- BROSZAT, M. (1986); *L'Etat hitlérien (El Estado hitleriano)*. París: Fayard.
- _____ (1990); “De la historización del nacional-socialismo. Intercambio de cartas”, *Boletín Trimestral de la Fundación Auschwitz*, 24, pp. 43-86.
- _____ (1990b) “Abogar por una historización del nacional-socialismo”, *Boletín Trimestral de la Fundación Auschwitz*, 24, pp. 27-42.
- BRUFF, I. y TANSEL, C. (2019); “Authoritarian neoliberalism: trajectories of knowledge production and praxis”, en *Globalizations*, 16(3), 233-244.
- BUENO, G. (2013); “El populismo como concepto en América Latina y en Colombia”, en *Estudios Políticos*, 42, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, pp. 112-137.
- BURRIN, P. (2004); *Francia bajo la ocupación nazi 1940-1944*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- CUEVA, A. (2013); *Autoritarismo y fascismo en América Latina*. Quito: Pensamiento Crítico.
- DE FELICE, R. (1976); *El fascismo. Sus interpretaciones*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- DE RIZ, L. (1977) “Algunos problemas teórico-metodológicos en el análisis sociológico y político de América Latina”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 39, No. 1, pp. 157-171.
- DIMITROV, G. (1986); *El fascismo y la clase obrera. Obras Completas*. Lima: Amauta.
- DOS SANTOS, T. (1972); *Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, Buenos Aires: Ediciones Periferia.
- FERIA VÁZQUEZ, P. (2018); “Del Mediterráneo al Cono Sur: las transiciones a la democracia de Chile, Portugal y España en perspectiva comparada”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Universidad de Santiago de Chile, Volumen 22, No 2, pp. 103-135.
- FORERO, J. (2011); *Surgimiento y consolidación del uribismo en Ciudad Bolívar. Un análisis histórico: 2002-2007*, Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia.
- FOUCAULT, M. (2012); *Un dialogo sobre el poder*. Madrid: Alianza Materiales.
- _____ (2007); *Historia de la sexualidad*. México: Siglo XXI editores.

- _____ (2006); *Seguridad, Territorio, Población*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- FRANK, T. (2016); *¿Por qué los pobres votan a la derecha?* París: Agone.
- FINCHELSTEIN, F. (2018); *Del fascismo al populismo en la historia*. Bogotá: Taurus.
- FRIEDLANDER, S. (1987); *Reflexiones sobre la historización del nacional-socialismo*, Siglo xx.
- FRITZSCHE, P. (2009); *Vida y muerte en el Tercer Reich*. Barcelona: Crítica.
- FROMM, E. (1974); *El miedo a la Libertad*. México: Editorial Progreso.
- GALLEGO, F. (2001); *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*. Barcelona: Plaza & Janés Editores.
- GENTILE, E. (2004); *Fascismo. Historia e interpretación*, trad. de Carmen Dominguez. Madrid, Alianza.
- _____ (2007); *El culto de Littorio. La sacralización de la política en la Italia Fascista*, trad. Luciano Padilla. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- GRAMSCI, A. (1977); “Los partidos y la masa”, *L'Ordine Nuovo* (25-09-1921), en *Escritos políticos*. Vol III. Lisboa: Seara Nova.
- _____ (1999); *Cuadernos de la Cárcel*, Tomos 3-6, Edición Crítica del Instituto Gramsci. A cargo de Valentino Gerratana, México: Ediciones Era.
- HORKHEIMER, M. (1983). *El Estado autoritario*. Bogotá: Argumentos.
- IANNI, O. (1975); “Populismo y relaciones de clases”, en Ianni, O. *La formación del Estado populista en América Latina*. México: Ediciones ERA.
- KERSHAW, I. (2004); *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- LAKOFF, G. (2007); *No pienses en un Elefante. Lenguaje y debate político*. España: MCF S.A.
- LÓPEZ, F. (2016); *América Latina: Crisis del posneoliberalismo y ascenso de la nueva derecha*. Buenos Aires: CLACSO.
- MACCIOCCHI, M. (1976); “Las mujeres y el recorrido del facismo”, en *Elementos para un análisis del fascismo (i)*. París: El Viejo Topo.
- MANN, M. (1997); *Las fuentes del poder social*, vol. I-II. Madrid: Alianza Editorial.
- MARIÁTEGUI, J. C. (1983); “Carta a la célula aprista de México (16-4-1928)”, en Jorge del Prado, *Del epistolario de José Carlos Mariátegui*. Lima: Unidad, 1983.
- MARINI, R. (1978); El Estado de Contrainsurgencia. Intervención en el debate “La cuestión del fascismo en América Latina”, *Cuadernos Políticos* No. 18, Ediciones Era, México, pp. 21-29.
- MOSSE, G. L. (2005); *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimiento de masas en Alemania desde la guerra napoleónica hasta el Tercer Reich*. Madrid: Marcial Pons.
- NEUMANN, F. (1983); *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo*. México: FCE
- O'DONNELL, G. (1978); *Tensiones entre el Estado Burocrático Autoritario y la cuestión de la democracia*, Documento CEDES, CLACSO No. 11, Buenos Aires.
- _____ (1982). *El Estado Burocrático Autoritario*. Argentina: Editorial de Belgrano.

- _____ (1992); *Delegative Democracy*. Notre Dame: The Hellen Kellog Institute for International Studies.
- PAXTON, R. (2004); *Anatomía del Fascismo*. Barcelona: Ediciones Península.
- PAUWELS, J. (2019); *El gran capital con Hitler*. Quito: Editor.
- PAYNE, S. (1982); *El Fascismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- POLANYI, K. (2020); “Las premisas espirituales del fascismo”, en *La naturaleza del fascismo*. Barcelona: Virus.
- POULANTZAS, N. (1976); “Acerca del impacto popular del fascismo”, en: M. Macciocchi. *Elementos para un análisis del fascismo I*. París: El Viejo Topo.
- POULANTZAS, N. (1971); *Fascismo y Dictadura*. México: Siglo XXI Editores.
- PRESTON, P. (1986); *Las derechas españolas en el siglo XX: Autoritarismo, fascismo y golpismo*. Madrid: Editorial Sistema.
- REICH, W. (1973); *La psicología de masas del fascismo*. México: Roca.
- SAIDEL, M. (2021); “El neoliberalismo autoritario y el auge de las nuevas derechas”, en *Historia Unisinos* 25(2), 263-275.
- TRAVERSO, E. (2016); *La historia como campo de batalla*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2021); *Las nuevas caras de la derecha*. Madrid: Siglo XXI editores.
- TROTSKY, L. (1973); *El fascismo*. Buenos Aires: Editorial Cepe.
- _____ (1994); “¿Qué es el nacionalsocialismo?”, en J. Saborido *Interpretaciones del fascismo*. Buenos Aires: Biblos.
- WEBER, M. (1964); *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Segunda ed. en español. Trad. de José Medina Echavarría y cols. México: Fondo de Cultura Económica.
- ZETKIN, C. (2019); *Com combatir el feixisme i vencer*. Barcelona: Tigre de papel.
- ŽIŽEK, S. (2001); *Did somebody say totalitarianism? Five Interventions in the (Mis)use of a Notion*. New York: Verso.
- _____ (2001b); *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Trad. de Jorge Pitiagorsky. Buenos Aires: Paidós.
- ZIBECHI, R. (2019); *Nuevas derechas, nuevas resistencias*. Bogotá: Ediciones desde abajo.